

CUARTA OBLIGACIÓN DE LA RELIGIOSA

OBEDECER

«Una de las mayores gracias que tengo que agradecer al Señor—decía santa Teresa—es el deseo que me ha dado de *ser obediente*. ¡Qué dulce, poderoso y fuerte es el consuelo que me da la práctica de esta virtud!»

No hay ninguna religiosa que, un día ú otro, no haya sentido en su corazón ese afecto de gratitud, ese gozo y paz interior, al pensar que siempre, ya esté tranquila en su celda, ocupada en el trabajo, recogida en la oración, ó alegre y distraída en el recreo, ó enferma y exteriormente inútil para todos, siempre, *gracias á la obediencia*, se halla suavemente impulsada por una fuerza potente é infalible hacia el cielo, adonde se encamina; ese cielo en donde se ha de encontrar con todos los que ha amado en la tierra; ese cielo en donde la espera, para hacerla eternamente feliz, su padre, su dueño, su esposo, por quien lo dejó todo: ¡Jesucristo!

Parece que en la religión debiera hablarse siempre de *la obediencia*, ensalzarla siempre, procurando hacerla siempre más cristiana, más pronta, más cordial, más respetuosa, más universal. ¡Oh! Si así se hiciera, cómo se mitigarían los pesares, se sufrirían los padecimientos y la vida entera estaría rodeada de encanto y de paz!

¿Qué es una casa religiosa, sino simplemente *un navío* en donde estamos como pasajeros sólo por algunos días? Cada hora nos acerca al puerto, y nos acerca á él con seguridad. ¿Qué importan algunas sacudidas que cesarán, y algunos dolores que muy pronto van á desaparecer?

«Lo que inquieta allá en el mundo, es *la incertidumbre del arribo*; mas nosotras, *guiadas por la obediencia*, tenemos cierta y segura la arribada al puerto. ¡Oh, qué dulce y consoladora es la obligación de obedecer!»

Como hemos hablado ya de *las cualidades de la obediencia* y de *las ilusiones* que el demonio procura insinuar en nuestro espíritu sobre esta virtud, aquí expondremos solamente:

- 1.º *La naturaleza de la obediencia.*
- 2.º *La necesidad de la obediencia.*
- 3.º *Las grandezas de la obediencia.*
- 4.º *El poder y los beneficios de la obediencia.*
- 5.º *La felicidad de la obediencia.*

CAPÍTULO PRIMERO

NATURALEZA DE LA OBEDIENCIA

I. La obediencia, que en general es *la sumisión á la voluntad de otro*, se define, según santo Tomás, *una virtud moral que dispone é inclina la voluntad del inferior á cumplir el mandato del superior.*

Como toda autoridad procede de Dios, á *El solo* se obedece en la persona del superior; el hijo obedeciendo á su padre, el ciudadano al príncipe y el cristiano á la Iglesia, *obedecen á Dios*; é independientemente de su voluntad, están obligados á ello por el *derecho natural*, por el *derecho de gentes*, por el *derecho divino*.

II. La obediencia religiosa es esa misma virtud *por la que el religioso obedece á Dios en la persona del superior que manda, y al cual se ha sometido libremente*. El religioso, nacido libre en lo tocante á la obediencia religiosa, toma voluntariamente el yugo del Señor, y se somete por amor de Dios á la obediencia de un superior.

III. El voto de obediencia religiosa puede decirse que es *una promesa que se hace á Dios de obedecerle, en la persona del superior legítimamente constituido, en todo lo que sea conforme con las reglas y en todo lo que conduce al fin del Instituto*.

1.º *Es una promesa hecha á Dios*. El hombre se compromete, y Dios acepta el compromiso; su voluntad queda unida con la de su Criador por un nuevo lazo que ha formado ella misma con entera libertad; es *un lazo de amor*.

2.º *De obedecerle en la persona del superior*. Lo cual quiere decir que no se hace voto de obedecer directamente á un hombre, sino *á Dios, á quien aquel hombre representa*, como diremos luego. Obedecer á un hombre como hombre, es, ó flaqueza ó bajeza de alma; pero obedecer á un hombre que ocupa para mí el lugar de Dios y que ha sido legítimamente

designado como tal y constituido superior mío según las reglas aprobadas por la Iglesia, intérprete de la voluntad divina, es *reinar*.

3.º *En todo lo que sea conforme con las reglas y en todo lo que conduce al fin del Instituto*. Tal es el objeto del voto de obediencia, y la autoridad que tienen los superiores se les ha dado para mantener la observancia de la regla y procurar que adelante el religioso en la perfección siguiendo las reglas del Instituto.

4.º El *voto de obediencia* nos obliga á someternos únicamente al superior, y aun la misma *virtud de la obediencia*, por sí misma, no exige otra cosa; pero esta virtud, para ser perfecta, nos pide también *la sumisión á nuestros iguales y á nuestros inferiores* en todo lo que no es contrario á nuestros deberes, sobre todo en el sufrimiento de sus flaquezas y en las continuas pruebas de afectuosa caridad. No hay duda que *para el bien de la comunidad, ó para el buen éxito de tal ó cual cosa*, importaría algunas veces muy poco que la cosa se hiciera como quiere la hermana con quien trabajamos ó como nosotros queremos; pero el acto de abnegación que practicamos sometiendo sencillamente nuestro juicio, importa mucho para *nuestra perfección*. Doblegarse por Dios á la voluntad de los demás en todo lo que no sea malo, es practicar estas palabras del Apóstol: *«Ante todas cosas, tened entre vosotros constante caridad.»* (I S. Pedro, 4.) Esta obediencia de perfección exige á cada momento verdaderos y penosos sacrificios; pero, como dice el mismo Apóstol, ¡cuán preciosos son tales sacrificios!

Tienen la virtud de cubrir nuestras faltas y alcanzarnos el perdón.

CAPÍTULO II

NECESIDAD DE LA OBEDIENCIA

I

La necesidad de la obediencia, para todos en general, está fundada en la autoridad de Dios, que la ordena.

Dios es el soberano dueño de todas las criaturas, cuya *existencia y conservación* dependen de El; y así, es muy justo que dependan también de El *por su conducta* y que se sometan á su voluntad; no era posible que Dios dejara de exigir esta *sumisión* de la criatura. La voluntad de Dios se nos manifiesta en la tierra por medio de aquellos á quienes El mismo ha establecido para *hacer* esta manifestación, y á los cuales llamamos *nuestros superiores*. Resistirles, dice san Pablo, *es resistir á Dios*; es rebelarse contra el *orden* establecido en la tierra, como nos lo enseña Jesucristo cuando dice á sus Apóstoles: «*El que á vosotros oye, á mí me oye; el que á vosotros desprecia, á mí me desprecia.*» (Luc., x.) Así como los delegados de un príncipe hablan y obran en nombre de éste, de

la misma manera nuestros superiores hablan y obran en nombre de Dios. «*Todo lo que nos mandan—dice san Bernardo—debemos recibirlo con respeto y sumisión.*» Dios ha establecido entre El y nosotros esa *autoridad intermedia*; y así como se sirve del sol para alumbrarnos y de los Sacramentos para santificarnos, de la misma manera se sirve de los superiores para gobernarnos y dirigirnos.»

II

La necesidad de la obediencia está fundada en nuestra naturaleza, que por sí misma es dependiente.

El hombre no puede vivir aislado, sino que necesita, tanto para el cuerpo, como para la inteligencia, para el corazón y para su vida entera, necesita casi de todos los seres de la creación; y la paz, el orden y aun la vida, sólo pueden reinar en la tierra mediante esta subordinación entre las criaturas.

A la infracción de esta ley seguiría necesariamente el desorden; según el Evangelio, donde la ley se quebranta, reinan la anarquía y la desolación. Por eso *el alma del justo medita y observa la obediencia, teniendo presente que el que está en alto tiene otros sobre él, y más arriba hay todavía un soberano Dueño que manda á todos.* (Prov., xv y v.)

III

La necesidad de la obediencia está fundada en la doctrina y el ejemplo de Jesucristo.

Sería preciso referir aquí por completo la vida de nuestro Maestro y Salvador Jesús, quien durante toda su vida mortal *no hizo realmente más que obedecer y enseñar la obediencia*. San Pablo expresó este pensamiento con una energía notable: «*Él, que era Hijo de Dios, dice, no ha dejado de enseñar la obediencia.*» (Heb., v, 8.) Es evidente que un Dios no puede obedecer, pues siendo infinitamente poderoso é infinitamente sabio no puede recibir ley ni consejo de ningún ser; y, sin embargo, *quiso ser dirigido y mandado, y vino á enseñar estas lecciones á los hombres, comprendiéndolas y amándolas de tal manera que su vida entera se resume en estas dos palabras: estaba sumiso.*

Id con san Bernardo á las dos *estaciones* que empiezan y acaban la vida de Jesucristo, y preguntad con él: *¿Quién es el que obedecía? ¿A quién obedecía? ¿Cuánto tiempo obedeció? ¿Hasta qué punto obedeció?.....* Y no obedecía sólo á la Santísima Virgen, su madre, y á san José, cuya obediencia le era dulce por ser de ellos amado, sino que obedecía también á Pilatos, que le condenaba injustamente, y á los verdugos que le atormentaban, porque veía en ellos á los ministros de la justicia de su Padre. Después de esto, ¿quién osará decir *no* á lo

que le mandan? Escuchad á este divino Maestro, cuando nos dice que todo aquel que hiciera *la voluntad de su Padre*, cualquiera que sea el órgano por cuyo medio se manifieste, ése es para él *un hermano, una hermana*, y le quiere tanto como *á su madre*. (Math., xii, 50.) Oid más todavía: «*Si alguno me ama, me obedecerá, guardará mis palabras, observará mis mandamientos, y mi Padre le amará y vendremos á él, y haremos morada en él.*» (Joan., xiv, 23.)

O se ha de renunciar á ser discípulo de Jesucristo y renunciar á amarle, ó es preciso obedecer.

IV

La necesidad de la obediencia, especialmente para los religiosos, está fundada en los compromisos que contraen al hacer los votos.

La obediencia resume todos estos compromisos, y en algunas Ordenes religiosas, como la de *los cartujos* y *los benedictinos*, al profesar hacen sólo el voto de *obediencia*. Este voto, dice santo Tomás, es el más importante y *el más esencial* de los votos religiosos, porque comprende todos los demás, mientras que él no está comprendido en ninguno; pues si bien la religiosa se obliga con votos particulares á practicar la pobreza y la castidad, estas dos obligaciones, dice el santo Doctor, no dejan de estar comprendidas en el voto de obediencia, por el cual se obliga en general á observar todo lo que se le mande.

V

La necesidad de la obediencia está fundada en la flaqueza de nuestra voluntad.

La santidad depende de nuestra voluntad. Indudablemente es *buena, ardiente y sincera* la voluntad de la religiosa el día en que se compromete al pie del altar, pero es menester que esa religiosa no cuente mucho consigo misma.

1.º La voluntad humana es por naturaleza *mudable, débil y tornadiza*, y únicamente la obediencia puede contenerla, estimularla ó hacerla andar con paso igual. Aun cuando la religiosa tenga buena voluntad y se haya desprendido de los bienes, los honores y los placeres, todavía le queda algo que hacer: *desprenderse de su voluntad propia para unirse con la voluntad divina*; y esto, únicamente la obediencia puede hacerlo.

2.º La voluntad humana *se ciega fácilmente*; ¿quién le servirá de guía cuando se vea precisada á decidirse sobre el valor de tal acto ó sobre la oportunidad de tal decisión?

¿Será la *dirección interior del Espíritu Santo*? Dichoso es, sin duda, aquel á quien Dios conduce por sí mismo; es la dirección más perfecta, la más suave, la más fuerte, pero también la que está más expuesta á las ilusiones del propio espíritu ó del espíritu maligno.

¿Será una *voz interior, una revelación*? ¿Cómo saber con seguridad que esa voz es la de Dios y que esa revelación no es obra de la imaginación?

Solamente la obediencia puede dar seguridad absoluta en todas las situaciones en que el alma puede hallarse.

«Es un artículo de fe—dice el P. Neveu—que obedezco á Dios y que hago su voluntad cuando obedezco á mi superior, con tal que no me mande ninguna cosa contraria á la ley del Señor; y estoy más seguro de que hago la voluntad de Dios, cuando me la intima por la voz del superior que si me la intimara *por ministerio de un ángel*; digo más: estoy más seguro, que si *Jesucristo* me la diese á conocer por sí mismo ó por medio de alguna revelación particular; porque no sería de fe que el ángel ó Jesucristo me hablaban, y podría yo ser juguete de alguna ilusión.» Apoyándose en este principio santa Teresa, aquella religiosa tan prudente y tan ilustrada, cuando se le apareció Jesucristo mandándole cierta cosa que parecía contraria á lo que le había mandado su confesor, tomó el partido de *obedecer á su confesor*, diciendo á nuestro Señor con tanta libertad como respeto: «*Aunque sepa, Dios mto, que sois Vos quien me habláis, y aunque me sienta muy inclinada á obedeceros, sin embargo, no es de fe que seáis Vos el que me habla, pero si es de fe que es Dios quien me habla por boca de mi confesor, puesto que ocupa su lugar.*»

VI

La necesidad de la obediencia está fundada en la imposibilidad de que sin ella se conserve el orden en una comunidad.

Un cuerpo moral, lo mismo que un cuerpo material, ha de tener un centro adonde vayan á converger los diferentes miembros que componen ese cuerpo.

En un cuerpo moral, este centro se llama *autoridad*, y *la obediencia* es el lazo que, uniendo los miembros con el centro, hace que el cuerpo viva y funcione. Quitad *la obediencia* de un Estado ó de un ejército, y no tardarán en desaparecer el uno y el otro. Lo mismo sucedería en una comunidad cuyos miembros no quisieran obedecer.

En *la unidad* consiste la belleza, la fuerza y la vida; fuera de la unidad no hay más que *desorden, impotencia, muerte*.

De suerte que una comunidad no tiene belleza, fuerza ni vida, sino en cuanto conserva *el principio de unidad*, resultado de la obediencia de los inferiores á los superiores particulares, y de los superiores particulares á los mayores. La prenda infalible de la duración de una comunidad, su base, su piedra angular y su elemento constitutivo, es la obediencia.

Pero también, cuando todos los miembros obedecen, ¡cuánto poder adquiere una casa! ¡Cuán útil es para todos el trabajo que en ella se hace! Cada cual tiene su empleo; y como

éste se le ha dado según su aptitud, y el miembro lo acepta con gusto y lo cumple con celo, no hace más que lo que tiene que hacer, y lo hace bien porque *sabe y quiere* hacerlo: de ahí resulta al cabo del día una suma prodigiosa de trabajo, de que todos se aprovechan, y, lejos de fatigar, proporciona paz y alegría.

CAPÍTULO III

GRANDEZA DE LA OBEDIENCIA

I

La obediencia es grande en su objeto.

El objeto de la obediencia es *Dios*; Dios, á quien la religiosa obedece en la persona de *su superiora* y de *su confesor*. No son para ella solamente representantes de Dios; aunque con poderes distintos, son para ella el mismo *Dios*.

I. Oid las hermosas palabras de Mons. Gay sobre *los superiores*, y ved los magníficos horizontes que se abren ante vuestros ojos:

«El día en que, según la forma prescrita por vuestras Constituciones, un superior cualquiera tomó posesión de su cargo en nombre de Dios, origen de todo poder, en nombre del Soberano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra, principio de toda jurisdicción y primer supe-

rrior de todos los religiosos, ocurrió en vuestro monasterio algo análogo á lo que ocurre en el altar en el momento de la consagración. Quiero decir que, así como en el mismo instante en que el sacerdote acaba de pronunciar la fórmula de la consagración, Jesucristo, Hombre-Dios, ocupa el lugar del pan y queda sustancialmente presente bajo las especies sacramentales, de la misma manera, en cuanto se cumplieron todas las condiciones canónicas de la elección ó del nombramiento, Dios quedó realmente presente, con una presencia particular, en la persona del superior elegido. Tanto una cosa como otra son para el sentido humano un misterio de fe; pero en uno y otro caso, ello es en sí una realidad enteramente divina.»

Ya sabéis lo que el Señor decía á Salomón el día en que se celebró la dedicación del templo: «He oído tu oración y he acogido tu súplica; por eso he santificado esta casa que me has edificado libremente. Pondré en ella mi nombre, mi autoridad y mi sabiduría; mis ojos y mi corazón estarán aquí todos los días.» Todo superior es también un templo cuya dedicación se verifica en el día de su institución canónica. Dios pone en él su poder, su razón y su fuerza, fijando en él sus ojos y su corazón: sus ojos, para vigilar las almas que se le han confiado; su corazón, para inclinarse hacia ellas; sus ojos, para conducir las; su corazón, para amarlas. Todo superior viene á ser también como una especie de sacramento humano, cuyas apariencias son, como las de la Eucaristía, ruines, frágiles y miserables, pero que,

como las del pan consagrado, contienen realmente á Dios para transmitirlo á los hombres. Dios está en el agua del bautismo para regenerar al alma y comunicarle la vida sobrenatural; está en el santo crisma para dar crecimiento al alma y hacerla divinamente varonil; está en la sentencia del sacerdote para perdonar los pecados á los que los confiesan con las disposiciones debidas; está sustancialmente bajo las especies del pan y del vino para conservarnos en la vida de la gracia que nos da el bautismo, y que la penitencia repara después que el pecado la ha destruido. Pues si creéis todo esto por la palabra de Cristo, creed también por la misma palabra que, por la misma virtud para la cual nada hay imposible, Dios está presente en la criatura que se halla revestida de poder; y tened entendido, especialmente vosotros todos los que vivís en la religión, que el fin de esta presencia de gracia es formaros en la santidad y conducirnos seguramente por el camino de la perfección á que os obliga el estado que habéis abrazado.

Cuando entre inquietudes y perplejidades no sabes qué camino seguir, porque dudas qué es lo que Dios quiere de ti, ó lo que debes hacer, norabuena que vayas á postrarte al pie del tabernáculo, y mejor todavía á comulgar si se puede: allí recibirás mil gracias, puesto que hallas y recibes á Jesús. Pero si no tuvieras definitivamente más que la Eucaristía para aclarar tus dudas, ¿no es verdad que de veinte veces las diez y nueve te retirarías del altar con la misma incertidumbre con que habías ido?

Y aun cuando te pareciera que habías sacado alguna resolución práctica, ¿no correrías el riesgo de ser juguete de alguna ilusión? Y, efectivamente, Jesús no está en el Sacramento para resolver dificultades ni decidir casos de conciencia, sino para alimentar á las almas y vivificarlas. Por eso, conociendo tus necesidades y deseando remediarlas, te ha dado en cada uno de tus superiores una especie de eucaristía docente; y cuando, como Saulo en el camino de Damasco, le diriges la gran pregunta de la vida, por no decir la única, la que nos vemos obligados á repetir á cada momento: «Señor, ¿qué queréis que haga?», te contesta como al futuro Apóstol: «Vé á buscar á aquel hombre que se llama Ananías, mi sacerdote, mi vidente, mi boca humana: él te dirá lo que debes hacer.» Vé, pues, alma que vacilas y me interrogas; vé á buscar á tu padre ó á tu madre; exponles tus dificultades, y te las resolverán; manifiéstales tu inclinación, y te ilustrarán; cuéntales tu tentación, y la disiparán; en fin, lo que yo quiero, lo que espero de ti, lo que debes ahora pensar, querer y hacer para serme agradable, ellos te lo declararán. El que los oye, á mí me oye; el que los obedece, á mí me obedece; de tal manera, que haciendo su voluntad tienes seguridad de que haces la mía.

«Además, aun cuando tuvieras la pureza de san Juan ó el fervor de Magdalena, no podrías comulgar más de una vez al día, y aun ¿lo haces todos los días? Empero, gracias á mi presencia en el poder que te gobierna, puedes recurrir á mí cien veces al día, hablarme, oírme

y recibir así las luces que necesitas. Por este medio no hay cosa de tu vida que no puedas someter á mi dirección y que no pueda yo desde luego ajustar á mis designios, marcar con mi sello, penetrar con mi savia y hacer que sea eternamente el objeto de mis complacencias. Con los ojos de la fe me ves á mí bajo el velo de tus superiores, y merced á esa fe y á la obediencia que me prestas en su persona, no estás nunca solo aquí en el mundo. En los días de mi peregrinación decía yo: «Mi Padre, »que me ha enviado, no me ha dejado solo, sino »que, permaneciendo siempre conmigo y en mí, »hace verdaderamente todas mis obras.» La obediencia en que vives extiende hasta ti el misterio de esta compañía y el beneficio de esta asistencia, la cual realiza con perfección lo que prometí en el Evangelio, esto es, permanecer con los míos hasta la consumación de los siglos. A este propósito he dicho también que el buen pastor llama á las ovejas por sus nombres, y cuando las saca del redil va delante de ellas, de suerte que conocen su voz y no tienen más que seguirle.»

II. Esta doctrina, tan hermosa y tranquilizadora, se aplica de una manera especial *al confesor*, á quien Dios ha confiado el cuidado de nuestra alma. También quiere la obediencia que veáis á Dios en él.

La religiosa que vive en comunidad no elige su confesor, como podía hacerlo en el mundo, sino que *se lo eligen* (1). Y esta elección, que

(1) En el mundo podían conducirnos á un confesor la

es algunas veces *dura* para la naturaleza, es, en el punto de vista de la fe, una nueva prueba del amor de Dios y un nuevo medio para que el alma manifieste á Dios su confianza, practicando con él la obediencia más completa, sumisa y respetuosa.

El confesor, en el tribunal sagrado, es con respecto á Jesucristo lo que respecto á éste son en la santa Eucaristía las especies sacramentales que le ocultan á nuestros ojos. Aquí el sacerdote es realmente Jesucristo que nos oye, Jesucristo que nos habla; es, por decirlo así, *la extensión de Jesucristo*.

Del sacerdote es de quien se ha dicho con rigurosa verdad que es *otro Jesucristo*. Más poderoso que los mismos ángeles, los cuales pueden guardar á los hombres, pero no pueden quitar un solo pecado del mundo; más poderoso que la Santísima Virgen María, que indudablemente tiene más valimiento que él, pero menos autoridad, puede conceder gracias

simpatía, el atractivo natural y algunas veces el amor propio. En la religión, sólo la fe puede conducirnos á él.

En el mundo no podíamos estar completamente seguros de que el confesor que elegimos era el que Dios nos destinaba. En la religión, esta seguridad es absoluta y cierta mediante la elección hecha por el Obispo.

En el mundo podíamos tener á nuestro confesor cierto afecto que, aunque puro, nos ponía en riesgo de disminuir los efectos de la gracia. En la religión, impide ó destruye rápidamente estos efectos el cambio frecuente de confesor.

En el mundo podían ser nuestras confesiones más dulces y consoladoras. En la religión son más fuertes y santificantes.

sin cuento, pero no puede dar una absolución.

¡He ahí á *tu superior* y á *tu confesor*, las dos criaturas, *en cierta manera divinizadas*, ante las cuales te coloca la obediencia! ¿No debes complacerte y gloriarte de obedecerles?

II

La obediencia es grande por su naturaleza.

La obediencia es *mayor que el sacrificio* (I Reyes, xv, 23), ó, por mejor decir, es el sacrificio más grande después del sacrificio del Calvario.

El sacrificio supone *una víctima*, y la obediencia hace del hombre *una hostia viva, santa y agradable á Dios*, á cuya gloria y voluntad ofrece é inmola no sólo *el cuerpo* del hombre, sino *su alma, su corazón, su voluntad, todo lo que tiene de más íntimo y más precioso*.

El sacrificio pone á la víctima *á la disposición completa* del sacrificador; la obediencia pone al alma religiosa *á la completa disposición* de Dios por ministerio de su superior, que tiene sobre ella todo el poder de Dios, hasta el de enviarla á la muerte si esta muerte fuese necesaria para salvar el alma y aun el cuerpo del prójimo.

El sacrificio supone una víctima conducida, á pesar suyo, á la inmolación; la obediencia supone una víctima que se presenta libre, voluntaria y alegremente, para ofrecerse *á la espada de los preceptos*, como la llama san Gregorio.

Este sacrificio no es, como los demás sacrificios, una inmolación de algunas horas, sino una inmolación de toda la vida, de todos los días, de todas las horas; una inmolación renovada, inmolación que, sin duda alguna, es á veces dulce, pero con frecuencia hace sentir todas sus amarguras y punzantes dolores.

Y la religiosa, como la víctima, y más que la víctima, debe estar muda; no sale de sus labios otra palabra que este grito de paz y de amor: «*Fiat!*»

CAPÍTULO IV

PODER Y BENEFICIOS DE LA OBEDIENCIA

I

La obediencia deifica al alma.

La obediencia hace al hombre hijo de Dios y heredero de Jesucristo. Cuán estrecha es la unión que una alma contrae con Jesucristo por medio de la obediencia, El mismo nos lo enseña por estas palabras:

«*El que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre*» (Math., XII, 50); y por extraña que parezca esta doctrina, se concibe fácilmente. Obedecer á Dios es despojarse del espíritu propio, de sus sentimientos y volun-

tad, para poner en su lugar el espíritu, los sentimientos y la voluntad de Dios; es, como lo dice enérgicamente Clemente de Alejandria, *ser un Dios revestido de carne*. Nadie quizá ha comprendido mejor esta verdad que san Ignacio, el ilustre fundador de la Compañía de Jesús, el que fué llamado *el gran santo de la obediencia*.

«El obediente, escribía, excede el nivel de la condición humana y se eleva con impetu hasta el más alto grado de la gloria y de la dignidad. Desprendiéndose de las cadenas de su propia naturaleza, se une con estrechos lazos, y de la manera más íntima, con Dios, el soberrano bien, de cuya naturaleza se reviste de ese modo; y como Dios suele llenar plenamente el alma del hombre cuando la halla libre de lo que se opone á sus efusiones, es decir, de su voluntad propia, de ahí se sigue que, cualquiera que llegue á esta perfecta obediencia, tiene derecho á tomar para sí estas palabras del Apóstol, que pueden llamarse la fórmula de la santidad: «*Vivo, ya no yo; mas Jesús vive en mí.*»

II

La obediencia hace á la religiosa en cierta manera impecable.

1.º *La obediencia previene el pecado*, librándonos de la voluntad propia, que es el origen principal de todas nuestras faltas. La fuerza del demonio reside sobre todo *en nuestra propia voluntad*, cuyos deseos procura él que satisfa-